

UN INTELLECTUAL PARADIGMÁTICO: ALLAN BOLT, SEÑOR DE LA DANZA Y DEL AGUA

Sofía Montenegro

“Desde esta mi oscuridad me pregunto si en verdad algún día vamos a aprender a pensar con la cabeza y no con el ojo del pie, con la cabeza y no con el estómago ni con el culo. Porque cosas malas que pasaron hace añales se vuelven a cometer y como si nada. Desgraciadamente no hay ninguna yerba que haga inteligente a nadie, o que dé reflexión, seso, sosiego pues, para ver las cosas correctamente”, dice Don Juan el yerbero, conocido como el Nagual, en la primera novela publicada de Allan Bolt, *El libro de la Nación Qu* (1990).

Y es que “ver las cosas correctamente” ha sido la pasión de esta persona fascinante, polifacética y creativa, que es Allan Bolt, que como el propio Nagual, ha hecho uso de cuanto conocimiento y yerba ha estado a su alcance para hacernos reflexionar. Una de esas yerbas divinas ha sido el teatro, aunque su formación inicial de físico-matemático no lo hubiera presagiado. ¿O tal vez, sí? Puede ser que a través de las ecuaciones lineales, el estudio de los solitones, las leyes de la termodinámica, las estructuras disipativas y el caos, encontró los patrones de la mente y la materia que vinculan al universo vivo, que se manifiestan en el inconsciente colectivo y se transforman en lenguaje, danza, pintura o teatro.

“Los hombres y las mujeres fueron hechos de rayos de luz, con los ritmos propios de la luz, con la maravilla de la luz. Pero, el fuego de la vida es más que los hombres y las mujeres, porque la vida sigue siendo vida aún sin los hombres y sin las mujeres...El Tunal está en todos porque el Tunal es la esencia y la esencia es vibración, ritmo...” nos dice Allan en el Cuento de la Creación del Nagual, donde parece describir la danza de la energía en los fotones, en una metáfora poética.

Creo que el estudio de Einstein, de Niels Bohr, de Werner Heisenberg, creador de la teoría cuántica, de Wolfgang Pauli, de Illya Prigogine, entre otros, junto con la teoría crítica social y cultural, son en buena medida responsables de haber convertido a aquél joven estudiante nicaragüense de física en la Alemania dividida de los 70, en un perenne buscador de todas las yerbas del conocimiento, de la integralidad y la interconexión de la vida. De las abstractas fórmulas y los números, Allan Bolt pasó a instalarse en el ojo del espíritu y a encontrar la razón de ser de la *filosofía perenne*, ese espacio donde se encuentran la física y la metafísica. Esto explicaría tal vez porqué ha dicho que “el arte es el hábito de lo sagrado” en tanto lo sagrado, como categoría misteriosa de la sensibilidad, se opone a lo profano y al materialismo grosero. Como antropólogo, también pudo confirmar que para el artista y el chamán, el poderoso mundo del símbolo es una realidad que está más allá de la mente consciente.

Matagalpino, nacido a caballo entre la cultura de los campesinos y de las comunidades indígenas de la zona norte-central de Nicaragua, este mestizo de ojos grises y apellido sajón, dejó la academia por el teatro y la política, y buscó sus raíces comunicativas en

la expresión popular, en la tradición oral y en la algarabía, la informalidad y la libertad de la lengua madre; optando por la multitud callejera y los espacios abiertos subvirtiendo en el camino, el canon oficial de cultura, el teatro de aire acondicionado y el orden político de la dictadura. Sacó a pasear en “nahuañol” a Bertold Brecht por los más calientes barrios, calles y atrios de León con el Teatro Estudio Universitario, y devolvió a los excluidos y perseguidos las historias del Quiché y la inmemorial sabiduría del Popol Vuh, las burlas al poder del Güegüense y el valor cuestionante del Torovenado.

Fundó así, creo que sin proponérselo, una corriente teatral popular y renovada basada en la tradición oral y la responsabilidad social que a lo largo de las tres últimas décadas ha dejado su marca en el país y en el corazón de la gente, al devolverle un instrumento de expresión y de lucha, de recreación y de protesta, de crecimiento y cambio. Estrella brillante de ese firmamento teatral del pueblo fue el grupo Nixtayolero, que Allan dirigió y forjó en el Norte, con la creación de Amada Amor, que tanta repercusión tuvo en la lucha de las mujeres contra la violencia sexual y genérica, así como Salsa Opera en la década de los 80 y principios de los 90.

El trabajo político en función de la revolución, lo conectó profundamente con la cultura indígena sumergida en Masaya y los pueblos blancos de la meseta. Con ellos, el revolucionario y organizador, se convirtió en Bailarín de la Luz y Señor del Agua: las lagunas de Masaya y Apoyo, bajo eternas lunas precolombinas vieron a los viejos naguales enseñarle en esos sitios sagrados, los pases mágicos de la danza. Una noche de vino y confesiones mutuas, donde nos contábamos quienes éramos y de dónde veníamos, hace ya mucho tiempo, Allan bailó para mí la danza aquella. Lo tengo en mi memoria como un momento fugaz donde se encarnó en él la famosa estatuilla de bronce de la India donde el dios Shiva, señor de la danza cósmica, rodeado de un fino halo de fuego se sostiene en delicado equilibrio y movimiento sobre una pierna, mientras sus brazos dobles, se arquean en perfecta composición. Algo inmemorial invocó con sus gestos pausados e ingrátidos, y en el silencio de su baile y mi contemplación, escuché y sentí la música de aquella danza sin instrumentos. “Es la música de la energía”, me dijo dándolo por sobreentendido. Yo quedé hasta hoy, perpleja y deslumbrada.

Un espíritu libre como el de Allan Bolt, un forjador de conciencia crítica, no resultó ser cómodo tampoco para el poder revolucionario. Crítico de las políticas económicas y culturales, de los errores políticos que conducían al enfrentamiento con campesinos e indígenas, así como a la destrucción de sus formas culturales y productivas, que llevaban al horror de la guerra, vio descalificados sus argumentos racionales, éticos y conoedores, como meras desviaciones “pequeño-burguesas”. *“Aprenderás a decir, siempre sí a las ideas de los Cuachic, a las ideas de cualquiera pues que tenga en sus manos el control... inventaremos condiciones, requisitos, impuestos, las cosas fáciles haremos difíciles, lo que toma tiempo lo haremos tardado, en secreto. En silencio. Tendremos control, pues”* dice el Canto de los funcionarios a la Escuela para Funcionarios.

Difamación, exclusión y ostracismo, no quebraron la reciedumbre de este iconoclasta, que encontró en el teatro y la naturaleza la fuente para enfrentar el período de desencanto, dolor y traición que nos ha atravesado a todos. El representa mejor que nadie el drama de Ma-Chindá, mujer rebelde de la Nación Qu condenada a la Muerte-por-silencio por decir aquello que las autoridades no querían oír, que resume la situación del intelectual honesto y comprometido con su sociedad, enfrentado a los dogmas del poder autoritario y de las castas partidarias. En la tierra chata de las verdades únicas, del conocimiento fragmentado y escaso, la visión del mundo es de tiempo lineal, reduccionista y mecanicista, siendo un sitio peligroso para un creador.

En la obra del Mago de Oz, los habitantes de la Ciudad Esmeralda, veían como todo lo que les rodeaba era verde, las casas, la ropa, e incluso las otras personas. La uniformidad del color no surgió de la realidad de la ciudad, sino debido que cada ciudadano llevaba gafas verdes y estas eran el paradigma a través del cual los ciudadanos de la Ciudad Esmeralda percibían su universo. Allan Bolt no ha hecho otra cosa a través del recurso del teatro que tratar de quitarnos esas gafas, desde otro paradigma que considera el universo y la naturaleza de manera interconectada, donde se integra ciencia y filosofía, naturaleza y cultura, el ser y el hacer, que muestra correlaciones significativas en los distintos campos del conocimiento. En ese tanto, Allan Bolt ha sido un estímulo en nuestras vidas para movernos hacia una mayor sensibilidad y revalorizar nuestras potencialidades.

Amante de la selva y el bosque tropical húmedo, defensor del agua, ecologista de toda la vida, vegetariano por convicción, degustador de las propiedades de la soya y el ajo, místico terrenal y excelso bailarín de merengue; tiene hoy en el risco de Peñas Blancas, tal como los monjes griegos en Meteora, un verdadero santuario para las plantas exóticas y la reconciliación humana con la naturaleza. Fiel a sí mismo, comprometido siempre, es hoy el guardián de una cascada de 80 metros de altura, donde, estoy segura, conversa con la Sierpe del Agua que le cuenta los secretos de las yerbas que crecen en el humedal alrededor de la poza.

Allan Bolt, maestro y brujo, Señor del Agua y Guardián de los Ritmos de la Luz, nosotras y nosotros, aprendices del arte de aprender, acordamos rendirte este homenaje, por enseñarnos a hacer preguntas, por hacernos dudar, por devolvernos el arte de decir y compartir, por devolvernos la magia y la memoria, por enseñarnos a rechazar la inmundicia y los gusanos que corroen el corazón, por enseñarnos a no temer el crecimiento de los otros, por empujarnos a buscar nuestro rostro verdadero. Gracias Allan Bolt, por recoger en tu vida y en tu obra los pedazos rotos de nuestra alma. Gracias Allan por la Luz.

Managua, 1º de septiembre de 2003. Teatro Justo Rufino Garay